

06/04/2022

En la época en que ambos trabajábamos como animadores en el estudio de Walt Disney en las inmediaciones de París, Pierre Alary, que ya por entonces conseguía infundir en sus personajes como en su trazo entintado una fluidez cartoonésca singular -no en el sentido en el que Carl Barks había llevado, para nuestro gozo y deleite, los personajes de los cortos disneyanos al terreno de la gran aventura en cómic, sino en el aspecto puramente gráfico-, atrajo mi atención sobre un artista italiano que comenzaba a publicar en Francia y que se revelaba excelente en el sumamente difícil ejercicio de conjugar un estilo francamente realista con la expresividad de que, a menudo, carece cruelmente la producción de ciertos géneros de BD, rasgo poco común pero compartido entre otros por el virtuosísimo Dominique Bertail -con su enrevesada maestría en resolver composiciones o perspectivas imposibles- o el elegantísimo Matthieu Bonhomme -con su ejemplar entendimiento de la síntesis aplicada sin el menor detrimento de la representación-, o, del otro lado del Atlántico, el espectacular Frank Cho, admirable en su sensual rendición de todo lo orgánico, de la anatomía animal a la fisonomía humana.

Aquel dibujante era Giulio De Vita. El honor y la alegría que suponen para mis años de oficio el reconocimiento y esfuerzo por parte de Giulio al asumir el comisariado de la exposición de Pordenone -por la que también agradezco el tesón y la confianza de 9ème Art Références- me provocan una sensación que es casi de incredulidad y que me sobrecoge como la vez en que la emoción me tomó la garganta ante Alice, la viuda del genial Marc Davis, -tal vez, de los llamados Nine Old Men, los animadores artífices de la extraordinaria forma de arte que representa el legado de los clásicos Disney, el del talento más impresionante- cuya casa en Los Angeles tuve el privilegio de visitar hace unos años-, al intentar expresar lo que representaba para mí la obra y la figura de su difunto marido.

Porque es algo consustancial a mi vida, el dibujo, y no concibo la idea de existir sin entregarme a la lucha constante por franquear los abismos que me separan y me separarán, hasta el final, de la fascinante precisión de la pincelada de Stan Drake, de la serena perfección de Harold Foster, del absoluto dominio de la plumilla del creador de iconos Charles Dana Gibson, de la incomprensible veracidad conjuntada con el irresistible appeal (a menudo también sex-appeal) del menor boceto de Adam Hughes, o la naturalidad inimitable de cada gesto y cada trazo que dejaron huella en las ilustraciones de Earl Oliver Hurst, por citar una muy parcial muestra de tantos genios que la ilustración y el comic americanos nos han regalado, junto a los grandes nombres del dibujo animado, del venerado Milt Kahl -ya uno de los indiscutibles maestros del arte llevado a sus cimas por los Nine Old Men cuando lideró la renovación radical del estilo de animación Disney a partir de 101 Dálmatas- a Glen Keane, leyenda viviente, maestro de las generaciones posteriores de animadores, y a quien no puedo dejar de rendir un muy especial homenaje, lleno de orgullo, en tanto que discípulo.

Abismos como el que me llevó a atravesar en volandas la mano tendida de mi "padrino" profesional Régis Loisel, con su cercanía y su generosidad solo comparables a su don excepcional para crear mundos fabulosos, que me sirvió siempre de meta y ejemplo de la importancia que tiene restituir para el lector todo un conjunto de sensaciones de espacio, atmósfera, texturas y color de manera a conseguir ir más allá de la mera visualización de un ambiente y recrear nociones de temperatura, humedad... incluso olor !

Lucha constante también por comprender y manipular el sinfín de herramientas que constituyen el lenguaje propio del cómic, mi medio de predilección, esa maravillosa simbiosis de dibujo y literatura, que a través de las posibilidades expresivas de su naturaleza dual origina momentos de idiosincracia única, ya la descomunal fuerza de la página 5, capítulo 2 de Daredevil Born Again, en la que el dibujo magistral de Dave Mazzucchelli desarrolla alrededor del texto de

Frank Miller un retrato físico y psicológico en tres dimensiones, articulado por este último en sólo tres viñetas y una columna de texto que resultan en uno de los más brillantes ejemplos de la originalidad y la unicidad del lenguaje del cómic que, en este estado, yo llamaría puro, ya los fastuosos universos fantásticos del visionario Jean Giraud "Moebius", ya la sublimación del manga japonés en la obra inmensa de Katsuhiko Otomo de quien aprendí la vertiente contemplativa que permite el medio, ya la poesía pictórica que se extiende a través de los álbumes de Miguelanxo Prado, ya la excelencia y la versatilidad técnica de Alex Raymond y la pléyade de grandes artistas que se inspiraron de él, ya el dinamismo vital patente en las páginas del Spiderman de John Romita que jalonaron mi adolescencia, ya el Heracles de Christian Rossi en la Gloria de Hera, preparándose para apuntalar con su fuerza de semidiós la enorme estatua de la diosa que le odia por ser el bastardo de su esposo, pronunciando en su desnudez y casi con humildad, en una excepcional comunión entre imagen y palabra, la frase que anuncia su poder, je suis le levier...

El dibujo... ¿Por qué tan particularmente el dibujo animalista? De las cavernas a los dioses egipcios, de los grandes escultores franceses animaliers del XIX hasta los cortos de animación que mi generación esperaba ansiosamente ver aparecer en el televisor, ¿de dónde viene la evidente fascinación del hombre por representar a la fauna con la que cohabita el planeta, hasta el punto de mostrarla tan humana como él, o incluso más? ¿Por qué hacen mis delicias el cuervo y la ardilla en el centenario original de Harry Rountree que cuelga en mi vestíbulo? ¿Cómo consigue Peter de Sève explotar con tal inteligencia la presencia, a veces metafórica, de los animales en sus ilustraciones de prensa, o encariñarnos hasta el extremo con bichos de especies prehistóricas diseñados por él para la saga Ice Age? ¿Era consciente Thomas Starling Sullivant de que sus inenarrables caricaturas de animales en la prensa satírica de principios del siglo XX inspirarían a generaciones de animadores y dibujantes, ininterrumpidamente, hasta hoy?

Inagotable, el legado de tantos y tantos artistas de toda época, recogido en los maravillosos libros que llenan mi casa, desplegado en las maravillosas películas de animación a las que podemos acceder con pasmosa facilidad, divulgado por la maravillosa (en este aspecto concreto) herramienta que es internet, tantos enfoques distintos para resolver un único problema, representar el universo con una línea sobre un papel, en palabras de mi querido Miguelanxo, tantos, tantísimos nombres que me quedo tristemente sin citar... pero entre los que no puedo por menos que destacar, deslumbrante, el del que es para buena parte de nosotros maestro de maestros, y para mí personalmente, que recibí de su parte, a los nueve años, el bofetón visual que cambiaría mi vida para siempre, la encarnación misma del dibujo, Albert Uderzo.

J. Guarnido

P.S. : a causa de la idea un poco descabellada sobre la que decidí redactar este texto, la ausencia de mujeres es tan flagrante como imperdonable, de modo que, en desagravio a tantas grandes artistas, y en representación de todas ellas, concluya este escrito con el nombre de la fabulosa Claire Wendling.